

OBSTACULOS A LA TRANSFORMACION DE AMERICA LATINA

Por: Arturo Guillén **

Introducción

América Latina se encuentra en un momento decisivo de su historia. En más de dos décadas de políticas neoliberales se desmembraron sus incipientes sistemas productivos nacionales construidos en la etapa anterior de la sustitución de importaciones, se estancaron sus economías y se extendieron la el desempleo abierto, la precariedad en el empleo, la informalidad, la migración hacia los centros capitalistas y la pobreza. Actualmente varios países de la región, sobre todo de América del Sur, con gobiernos de izquierda o de centro-izquierda, están abandonando las recetas del Consenso de Washington, y diseñan y aplican estrategias de desarrollo alternativas, que les permitan obtener un crecimiento duradero de sus economías, resolver los ingentes problemas sociales de sus pueblos y recuperar autonomía frente a los imperialismos.

No existe una vía única en la construcción de alternativas. Cada país, de acuerdo con su grado de desarrollo y sus condiciones políticas específicas, trata de encontrar su propio camino. Los proyectos van desde construir “el socialismo del Siglo XXI”, como lo plantean los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, hasta darle “un perfil humano” a la economía abierta y liberal de la Chile de Bachelet. Pero todos ellos, se identifican, en mayor o menor grado, en la necesidad de recuperar “un proyecto nacional de desarrollo” y de avanzar en la integración latinoamericana.

Uno de los objetivos principales de este capítulo es reflexionar sobre las implicaciones del proceso de declinación hegemónica del imperialismo norteamericano en el devenir latinoamericano. La tesis central es que la estrategia neoconservadora antiterrorista de “guerra preventiva” seguida durante la administración de George W. Bush, que desembocó en el empantanamiento y sobreextensión de Estados Unidos en la Guerras de Irak y Afganistán, así como la primacía de sus intereses estratégicos en el Medio

** ** Profesor - Investigador del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Coordinador del Posgrado en Estudios Sociales, Línea Economía Social de la misma universidad. Coordinador de la *Red Eurolatinoamericana de Estudios para el Desarrollo Celso Furtado* www.redcelsofurtado.edu.mx e-mail: grja@xanum.uam.mx

Oriente, facilitaron el avance de los movimientos de izquierda en América Latina.¹ Sin embargo es dable esperar, y de hecho ya está ocurriendo, una reconcentración del interés estadounidense en el espacio latinoamericano y una rearticulación de las derechas asociadas del capital financiero globalizado, para impedir el avance de las izquierdas. El escenario de desestabilización en los países con gobiernos de izquierda se reforzaría si Estados Unidos logra encontrar una “salida” de la guerra iraquí y puede “liberar” tropas y recursos para otras acciones, incluyendo América Latina, si las opciones transformadoras amenazan los intereses de la superpotencia declinante y en descomposición.

En el texto se enfatiza la tesis de que si bien el abandono del neoliberalismo y la aplicación estrategias alternativas de desarrollo en América latina implican dificultades de orden técnico y económico no fáciles de superar, los obstáculos fundamentales a su transformación son políticos.

La “revuelta latinoamericana” contra la hegemonía estadounidense, como la califica Bellamy Foster (2007), constituye un momento histórico nuevo donde nuestros pueblos están, en las palabras de Chomsky (2007), “reafirmando su independencia”. Se trata de una revuelta en el “patio trasero” del imperialismo norteamericano, auténticamente de una “rebelión en la granja”. El análisis se centra en tres aspectos claves interrelacionados: la búsqueda de estrategias de desarrollo alternativas; las transformaciones en los “bloques de poder” y la construcción de formas de democracia avanzada; y el proceso de integración económica y política latinoamericana. En el apartado 1 se analizan los cambios en las estrategias de desarrollo en América Latina, tomando como referencia los casos de Argentina y Venezuela. En el apartado 2 se exponen los avances, así como los obstáculos en la construcción de una nueva hegemonía, de un nuevo “bloque en el poder” que asegure el fin del ciclo neoliberal y cierre el paso a los intentos de restauración oligárquica promovidos por segmentos de la derecha y auspiciados por el imperialismo estadounidense. En el epígrafe 3 se destaca la relevancia de los principales esfuerzos de integración latinoamericana emprendidos por los gobiernos de izquierda. En el apartado 4 plantean las nuevas directrices de la política estratégica de EE.UU. en la región. Por ultimo se presentan algunas conclusiones.

¹ Ello no implica desconocer que el avance de las izquierdas en América Latina es fundamentalmente una consecuencia de factores objetivos internos y de la capacidad organizativa de los movimientos sociales y de las organizaciones políticas.

1. Estrategias alternativas de desarrollo

Consenso de Washington, estancamiento económico y crisis recurrentes

Está demostrado, tanto en los hechos como en la teoría, que las políticas neoliberales del Consenso de Washington han conducido a América Latina a un callejón sin salida de estancamiento, desigualdad y pobreza (Guillén, 2007 b). El ingreso de ahorro externo (fundamentalmente especulativo), que es la base financiera del modelo neoliberal (MN), no crea condiciones para un crecimiento durable de las economías. La apertura irrestricta e indiscriminada de la cuenta de capitales, lejos de provocar un incremento de la inversión como lo postula la teoría estándar o la “ortodoxia convencional” como prefiere llamarla Bresser-Pereira (2007), desplaza el ingreso de ahorro externo hacia el consumo privado, lo que impide que la reactivación se sostenga. Además, el influjo de ahorro externo provoca, por un lado, el incremento del déficit en cuenta corriente por las crecientes importaciones derivadas del aumento del consumo privado, la mayor concentración del ingreso y la ruptura de las cadenas productivas internas. Por el otro lado, induce a un creciente endeudamiento externo de los agentes económicos.

El MN no ha permitido elevar sustancialmente la tasa de inversión y, por ende, los niveles de empleo en la economía formal. Al comparar el periodo 1983-1991 con 1991-1998, French Davis (2005: 69) encuentra que mientras el ahorro externo utilizado (flujos netos de capital del exterior menos acumulación de reservas) en América Latina aumentó en 2.4 puntos porcentuales del PIB, el coeficiente de inversión creció apenas en 0.8 puntos del PIB. En México, la tasa de inversión bruta se mantuvo durante los noventa en niveles entre el 18-20%, superior a las mediocres cifras de la *década perdida*, pero inferiores a las alcanzadas durante el modelo de sustitución de importaciones. En Argentina, la tasa de inversión bruta en el periodo neoliberal se movió en niveles parecidos. En 1998 la tasa de inversión bruta en ese país era del 20% del PIB, pero con la crisis se desplomó al 12 % en 2002. Como dice Aldo Ferrer (2008:1) refiriéndose a la economía argentina del menemismo:

“La crisis fue el epílogo de una estrategia económica fundada en un paradigma que demostró ser incompatible con el crecimiento de la economía argentina y el bienestar social

e, incluso, con los equilibrios fundamentales para el funcionamiento de un sistema económico. Tal estrategia provocó un deterioro sin precedentes en el tejido social y productivo del país y concluyó desorganizando los tres ejes fundamentales que mantienen el orden de una economía moderna, a saber: el presupuesto, los pagos internacionales y la moneda”

El MN se sustenta en dos pilares básicos: una política monetaria restrictiva y procíclica y un tipo de cambio sobrevaluado (Guillén, 2007b). La política monetaria restrictiva, enmarcada en objetivos antiinflacionarios, ha sido una condición para atraer flujos privados de capital del exterior y evitar la fuga de capitales. La entrada de capitales, a su vez, provoca la sobrevaluación persistente de la moneda. Tasas de interés reales altas y tipo de cambios sobrevaluados se convierten así, en el tributo indispensable que reclaman los capitales externos para ingresar a los países emergentes, lo que, sin embargo tiene un impacto desfavorable en el crecimiento económico y en la creación de empleos.

El crecimiento sustentado en el ahorro externo, como el que se promueve bajo las premisas del Consenso de Washington, resulta efímero y, por tanto, no sustentable. El ingreso de capitales del exterior, en el marco de políticas monetarias pasivas y restrictivas, puede tener, temporalmente, un efecto positivo en el crecimiento económico, pero no crea las condiciones para una expansión perdurable, aspecto fundamental en cualquier política auténtica de desarrollo. En efecto, la reactivación de los flujos externos de capital generalmente ocurre después de un periodo de crisis, en el cual existe un alto margen de capacidad productiva ociosa. El ingreso de capitales produce un efecto reactivador en la demanda agregada, sobretodo del consumo privado (acicateado, además, por la tendencia a la concentración del ingreso). El PIB real crece, pero lo hace por debajo de la oferta potencial, la cual está definida por la capacidad productiva instalada. De allí que el efecto de ese crecimiento en la tasa de inversión sea marginal. Al mismo tiempo, crecen las importaciones de bienes de consumo de lujo y las importaciones de insumos y con ellas el déficit en cuenta corriente financiado por el superávit de la cuenta de capital. Si bien puede presentarse una elevación de la productividad, esta resulta de un mejor uso de los recursos existentes, no de una expansión de la capacidad productiva.

Pero justamente en ese punto se detienen los efectos “virtuosos” del crecimiento económico sustentado en el ahorro externo. Como afirma French Davis (2005: 70), “al

completarse la reactivación, alcanzándose la frontera productiva, cualquier demanda agregada adicional requerirá nueva capacidad productiva para satisfacerla y, por consiguiente, de nueva inversión para generarla”. En otras palabras, en esa fase del ciclo, sostener el crecimiento implicaría incrementar sustancialmente la tasa de inversión. Sin embargo, ello no sucede. El ingreso de capital externo provoca un desplazamiento del ahorro interno hacia el gasto, el consumo privado y el ahorro financiero, más que un crecimiento de la tasa de inversión (Bresser-Pereira, 2007). Al mismo tiempo, genera la apreciación de la moneda, fomenta la especulación en los mercados de valores; e incrementa el endeudamiento externo de los agentes, creando, de esa forma; las condiciones para una crisis financiera.

La crisis mexicana de 1994-1995 como después la asiática, la rusa, la brasileña y argentina demostraron que cuando los operadores financieros globalizados consideran que los desequilibrios provocados en gran medida por la propia operación de los capitales que representan ya no son sostenibles, inician los ataques especulativos sobre las monedas y provocan la estampida de los capitales. Como he señalado en otro trabajo (Guillén, 2007a: capítulo VII), el efecto desequilibrador de los flujos externos de capital sobre variables económicas claves se presenta, tanto en la fase anterior a la crisis financiera, como al precipitarse ésta. En el periodo anterior al estallido de una crisis, cuando el ingreso de capital especulativo es intenso, éste genera, como dije arriba, sobrevaluación de la moneda, aumento del déficit externo, sobreendeudamiento, etc. En otras palabras, el ingreso de capital afecta los “fundamentales” de la economía, pero en un sentido negativo. Una vez que irrumpe la crisis, se producen los efectos contrarios. La estampida de los capitales hacia otros mercados precipita la devaluación abrupta de la moneda, el derrumbe de los precios de los activos financieros e inmobiliarios, la contracción del crédito y demás efectos deflacionarios que acompañan a todas las crisis financieras importantes.

Las experiencias posneoliberales de Argentina y Venezuela

No pretendo efectuar un análisis comprehensivo de las políticas económicas de los gobiernos de izquierda y de centro-izquierda de la región pero las experiencias contrastantes en materia de crecimiento económico de Argentina y de Venezuela, por un

lado, y de Brasil por el otro, ilustran la importancia de modificar lo que llamo “los nudos críticos” de una estrategia alternativa de desarrollo, a saber: las políticas monetarias y fiscales restrictivas y la política cambiaria de tipo de cambio alto o “populismo cambiario” (Guillén, 2007b).

Argentina superó la crisis cuando decidió abandonar la camisa de fuerza del “consejo monetario” y estableció una política de tipo de cambio “bajo”, al tiempo que aplicó una política monetaria expansiva manteniendo tasas de interés ligeramente negativas. Además mediante la práctica cancelación de la deuda pública externa con los acreedores privados, liberó importantes recursos para impulsar el gasto público y los programas sociales. Durante los últimos cuatro años, este país ha logrado tasas de crecimiento del producto superiores al 8.5%. Entre 2003 y 2006, el PIB logró un crecimiento acumulado de 40.5% habiéndose rebasado los niveles de precrisis desde 2005. La tasa de inversión bruta aumentó del 12% en 2002 a 23% en la actualidad (Ferrer, 2008: 1). El crecimiento se ha sustentado en un incremento importante de las exportaciones de origen primario², pero también en el fortalecimiento del mercado interno y en cierta reindustrialización que la nueva política económica volvió factible.

El crecimiento sostenido del PIB ha permitido reducir la tasa de desempleo abierto, abatir la informalidad y empezar a revertir los índices de pobreza. El salario real se incrementó 40.1% entre junio de 2002 y 2007 (Weisbrot y Sandoval, 2007: 6). La desigualdad disminuyó, aunque se mantiene en niveles altos. El coeficiente de Gini pasó de 0.537 en 2002 a 0.490 en 2006. Este nivel todavía es superior al 48.2 registrado a mediados de los años noventa, y bastante más alto que el 42.5 de 1970 (Guillén, 2008).

Los resultados macroeconómicos extremadamente favorables conseguidos por Argentina no se explican solamente, como ya se dijo, por una coyuntura favorable en materia de precios de exportación, sino por un cambio de fondo en la política económica, por el abandono de las políticas procíclicas y de corte restrictivo inherentes al funcionamiento de la globalización financiera neoliberal; en otras palabras, por la aplicación de medidas heterodoxas en materia monetaria, cambiaria y de deuda externa. Para Ferrer (2008: 3) los rasgos principales de la política económica argentina “son el

² Sobre los límites del proceso reciente de primarización de las economías latinoamericanas, véase en este mismo libro la colaboración de James Cypher, p.

sostenimiento de un tipo de cambio consistente con la competitividad”, “la reaparición del Estado, como árbitro de los conflictos”, “la reducción progresiva del endeudamiento externo” y “la utilización de la política de ingresos como instrumento (...) para orientar la evolución de los precios y administrar las presiones inflacionarias”.

Venezuela es otro ejemplo de cómo revertir el estancamiento, cuando se dejan de lado los dogmas neoliberales del Consenso de Washington. Ello fue posible cuando el gobierno bolivariano abortó el golpe de Estado orquestado por la oligarquía y el imperialismo norteamericano en 2002, y desbarató la nueva asonada derechista de la huelga petrolera recuperando para el Estado el control de la empresa PDVESA en 2003. Desde 2003, el PIB real ha crecido un 76%. Durante los últimos tres años se han alcanzado tasas de crecimiento superiores al 10% anual. Es cierto que la expansión económica se ha apoyado en la bonanza de los altos precios internacionales del petróleo, pero los resultados habrían sido muy distintos si el gobierno se hubiera adherido a los principios neoliberales del equilibrio fiscal y las políticas monetarias y salariales pasivas³. Al contrario, se aplicaron políticas activas en materia monetaria y fiscal. Como lo reconocen Weisbrot y Sandoval (2007: 3):

“Es probable que las políticas fiscales y monetarias expansionistas, así como los controles sobre el tipo de cambio aplicados por el gobierno, hayan contribuido a este auge económico presente. El gasto del gobierno central se incrementó del 24 por ciento del PIB en 1998 al 30 por ciento en 2006. Las tasas reales de interés a corto plazo han sido negativas durante todo o prácticamente todo el periodo de recuperación económica”.

Un asunto pendiente es la sobrevaluación de la moneda venezolana, que el gobierno no ha querido corregir, en virtud del aumento de la inflación. La apreciación de la moneda limita la sustitución de importaciones y la necesaria diversificación del sistema productivo venezolano. Los efectos negativos de la sobrevaluación han sido paliados mediante el control de cambios, pero resulta necesario y urgente revisar a fondo la política cambiaria.

El crecimiento durable del aparato productivo ha permitido abatir el desempleo abierto (el cual pasó del 15% en 1999 y del 18,5% en el pico de la recesión de 2003 al 8.3%

³ México es un ejemplo vívido de ingresos petroleros cuantiosos y crecientes, sin que los mismos hayan permitido superar el cuadro de semiestancamiento que experimenta la economía mexicana desde hace varios años. La adherencia de este país a las políticas neoliberales es incuestionable.

en 2007), elevar el empleo formal, así como reducir la informalidad y los índices de pobreza.

No solamente ha habido crecimiento durable, sino que se han introducido, auténticas políticas de desarrollo, si por desarrollo entendemos un proceso de elevación de las capacidades y habilidades de la población. El mejoramiento en materia de alimentación, salud y educación es notable. El gasto social, como proporción del PIB, se incrementó del 8.2% en 1998 al 13.6% en 2006. Si se incluyen los gastos sociales que efectúa la petrolera PDVESA, el gasto social como porcentaje del PIB se eleva al 20.9% (Ibid: 4).

En contraposición, los resultados de Brasil en materia de crecimiento económico (con tasas anuales inferiores al 4%) son bastante mediocres, más parecidos a los de México, cuya adherencia al Consenso de Washington es innegable, que a la de sus socios del sur. El cuasi-estancamiento brasileño – como el mexicano, en otro contexto- tiene mucho que ver con el mantenimiento de una política macroeconómica neoliberal, asentada en la apertura externa irrestricta de la cuenta de capitales y en la aplicación de políticas monetarias y fiscales restrictivas que dicha apertura provoca. El mantenimiento de esa política se explica por la alianza establecida por el gobierno de Lula y sectores del PT desde su ascenso al gobierno, con el capital financiero globalizado. Pese a la continuidad de las políticas neoliberales en Brasil, se ha logrado mantener un relativo dinamismo en la creación de empleos formales y una reducción de los índices de pobreza mediante la reorientación de la política social y el éxito de programas focalizados contra la pobreza como Bolsa Familia.⁴ Ello influyó en la reelección de Lula para un segundo periodo. En 2007, el auge exportador y la baja de las tasas nominales de interés, permitió a Brasil incrementar el crecimiento a 5.3%.

⁴ No pienso como los “superrevolucionarios” a quienes se refería Fidel Castro en un artículo (2007), que las dificultades o los tropiezos en los procesos de cambio se identifiquen facilonamente con “traiciones” de los dirigentes. Nadie puede dudar que el gobierno de Lula pese a sus coqueteos neoliberales y sus compromisos con el capital financiero, ha jugado un papel positivo en la defensa de la revolución bolivariana, el respeto a la revolución cubana y el impulso al proceso de integración latinoamericano, así como en la defensa de los intereses de los países del Sur en los foros multilaterales

2. Desmontar la estructura de poder antinacional y antipopular del neoliberalismo, y construir una democracia avanzada

El fin de la “pesadilla neoliberal” como la calificó el presidente ecuatoriano Rafael Correa no es meramente un asunto de nuevas políticas económicas. Estas son necesarias pero insuficientes. América Latina está urgida también de una estrategia política para desmontar el andamiaje del neoliberalismo, que no es otra cosa que una estructura de poder antinacional y antipopular. Atrás de las altas tasas reales de interés, del mito del equilibrio fiscal, de la “independencia de los bancos centrales” y de la sobrevaluación de las monedas, se esconden poderosos intereses, que no son otros que los del capital financiero internacional y de las élites internas que se han beneficiado de la apertura comercial y financiera. El Consenso de Washington conviene enfatizarlo, no sólo representó la adherencia dogmática su decálogo de políticas neoliberales, sino que significó un compromiso político, una alianza de clases entre el capital financiero globalizado y los gobiernos de los centros con las elites y gobiernos de los países de la periferia.

Entonces, la puesta en marcha de una estrategia alternativa de desarrollo, no es un problema técnico, sino fundamentalmente político. Sobretudo en aquellos procesos como Venezuela, Ecuador y Bolivia que plantean un objetivo socialista, no hay reestructuración económica que no pase por una transformación fundamental de la sociedad y del poder político; de otra manera, los cambios económicos sólo restaurarían el poder de las oligarquías (Mészáros, 1995). Se requiere construir un nuevo de “bloque de poder”⁵ que represente una nueva hegemonía. Pero es igualmente válido para los procesos de cambio en Brasil, Uruguay o Argentina, donde la viabilidad de un proyecto nacional de desarrollo pasa por una reconfiguración del “bloque de poder”.

⁵ Entiendo el concepto “bloque de poder” en el sentido de Poulantzas. “Este concepto de bloque en el poder, que no es usado expresamente por Marx y Engels, *indica así la unidad contradictoria particular de las clases o fracciones de clase dominantes, en su relación con una forma particular del Estado capitalista*”. De acuerdo con Poulantzas, una de las fracciones que integran el “bloque en el poder” juega el papel de fracción hegemónica. “Puede, sin embargo, comprobarse que la función de hegemonía en el bloque en el poder y la función de hegemonía, respecto de las clases dominadas *se concentran por regla general en una misma clase o fracción*. Esta se erige en el lugar hegemónico del bloque en el poder, constituyéndose políticamente en clase o fracción hegemónica del conjunto de la sociedad” (Poulantzas, 1968: 302 y 310).

En contra de lo que piensan algunos, en el sentido de que la globalización anula la posibilidad de aplicar estrategias alternativas en el espacio nacional, y de a que los perdedores del proceso de globalización neoliberal sólo les queda la resistencia global, la historia reciente nos muestra que la Nación sigue siendo un espacio privilegiado de la lucha de clases y para el diseño y ejecución de estrategias diferentes al neoliberalismo. Ello incluye el espacio electoral. Para revertir el neoliberalismo no basta con la resistencia global. La unión internacional de los movimientos desde abajo es un elemento importante, pero insuficiente. Coincido con Tarik Alí (2006: 34) en que la máxima del movimiento altermundialista de que “es posible cambiar el mundo sin tomar el poder”, tomada de la experiencia zapatista, se convierte en un llamado a la inacción política”.

A diferentes ritmos y atendiendo a especificidades nacionales, Brasil, Argentina, Venezuela, Uruguay, Ecuador y Bolivia, son ejemplos vivientes de que el ascenso al gobierno de partidos y movimientos progresistas, ha creado las condiciones para la construcción de proyectos económicos alternativos. Pero al mismo tiempo esos procesos de cambio nos muestran que el ascenso al gobierno no basta y que se requiere de voluntad política y de la profundización de la democracia, así como de deshacerse de los dogmas y de la ideología neoliberal para desmontar el andamiaje del poder oligárquico, nacional y antipopular, tarea nada sencilla ni tersa.

Poner a nuestros países en el sendero de un proyecto nacional de desarrollo – proyecto que desapareció durante veinticinco años de neoliberalismo y políticas fundamentalistas de mercado - no implica superar el capitalismo por decreto, sino solamente enrumbarlos de nuevo en la vía del desarrollo, es decir, en el camino de un crecimiento económico durable, de la construcción de un sistema productivo más articulado y autónomo y de poner en el centro de la estrategia la solución de los ingentes problemas sociales (alimentarios, educativos, de salud y de vivienda) de las grandes mayorías de nuestros pueblos.

En la medida que “proyecto nacional” no es igual a “socialismo”, durante varios años existirá en los países que logren construir una alternativa y derrotar al neoliberalismo, una contradicción entre la lógica del capital, definida por la ley de acumulación y la ley de la maximización de beneficios, con la lógica de los fines y de las necesidades de la población. La solución de esa contradicción no es económica, sino ante todo, política.

Depende en lo esencial de la capacidad de la sociedad organizada (partidos, movimientos y organizaciones ciudadanas) para construir una democracia avanzada, es decir, participativa, que garantice que la lógica de los fines se imponga sobre la lógica de la acumulación de capital. Como con toda razón afirma Lebowitz (2007: 4), para construir una alternativa que vaya “más allá del capital”:

“un aspecto crítico (...) es el reconocimiento de que la capacidad humana se desarrolla sólo a través de la actividad humana, solamente a través de lo que Marx entendía por ‘práctica revolucionaria’, el cambio simultáneo de modificación de las circunstancias y de autocambio (...)”.

En su opinión:

“La concepción que verdaderamente amenaza la lógica del capital en la batalla de las ideas, es una que explícitamente reconoce la centralidad del autogobierno en el lugar de trabajo y de autogobierno en la comunidad, como el medio para la liberación del potencial humano”.

No es un accidente de la historia, que más allá de Cuba – que ha resistido bloqueos imperiales añejos y la caída del “socialismo real” -, la vanguardia de la transformación latinoamericana reside ahora en Bolivia y Venezuela, donde el pueblo y sus líderes han sido capaces de llevar adelante una estrategia de construcción de un nuevo “bloque de poder” y de minar las bases del poder oligárquico y proimperialista. La revolución bolivariana de Venezuela logró propinarle a la oligarquía tres grandes derrotas: el fracaso del golpe de estado, el fracaso de la huelga petrolera y su derrota en el referéndum revocatorio de 2004 (Harnecker, 2007).

Son varios los avances en el proceso de construcción de una democracia participativa avanzada en Venezuela, donde destacan la creación de los consejos comunales, como instancias de base de poder popular y regional, la profundización del proceso de nacionalizaciones en el núcleo estratégico de la energía y de las telecomunicaciones; y la erosión parcial y aún insuficiente del poder ideológico de los medios de comunicación, mediante la cancelación de un canal de televisión de la oligarquía comprometido con el frustrado golpe de Estado de 2002. Sin embargo, el gobierno bolivariano sufrió un serio golpe con el rechazo del referéndum constitucional en 2008, lo

que lo que obliga a reorientar su estrategia y a diseñar y poner en práctica un programa económico para resolver los retos que plantean la inflación, la sobrevaluación cambiaria y la falta de diversificación productiva. Desde mi punto de vista, el rechazo de la nueva constitución obedeció a una insuficiente definición de lo que se entiende por socialismo del siglo XXI, poca discusión de su contenido con y entre la población, el temor al cambio de algunos sectores y una eficaz campaña anticomunista de la derecha y los medios masivos de comunicación en manos de la oligarquía, que lograron ampliar la oposición al régimen a un grupo numeroso de estudiantes universitarios. El triunfo posterior de la reforma constitucional, con diez puntos porcentuales de ventaja, que aprueba la reelección indefinida de los cargos de elección popular, allana el camino para la continuación del proceso de cambio

No es tampoco un accidente de la historia que el cambio en América Latina haya adquirido mayor profundidad en países como Bolivia y Ecuador. Si bien Evo Morales y Rafael Correa llegaron al gobierno por la vía electoral, lo hicieron gracias a una larga lucha de resistencia y de organización de los trabajadores y de los grupos indígenas, quienes se levantaron para expulsar del poder a los gobiernos de Sánchez de Losada y de Luciano Gutiérrez, respectivamente. Lo mismo en Argentina, donde la magnitud de la crisis de 2000-2002, provocó formas inéditas de organización popular desde abajo.

Los gobiernos progresistas de Evo Morales en Bolivia y Correa en Ecuador si bien cuentan con un amplio respaldo popular, enfrentan una abierta oposición de sus oligarquías. La confrontación es especialmente aguda en Bolivia, con las poderosas oligarquías de Santa Cruz y de otras provincias, que amenazan con su autonomía para detener el proceso de cambio nacional. La construcción de una nueva hegemonía dependerá, en buena medida, del desenlace del referendo revocatorio de agosto próximo. Por ahora la situación en materia de hegemonías presenta, como afirma el vicepresidente García Linera (2008) empleando un término gramsciano, “un empate catastrófico”, aunque el amplio triunfo del presidente Morales en el referendun revocatorio constituyó un importante triunfo del “polo popular”.

La división maniquea que a veces se realiza en sectores de la izquierda de los procesos de cambio actuales en América Latina, distinguiendo entre “neodesarrollismo” y

“proyectos anticapitalistas” poco ayuda a para la comprensión de los retos presentes. Es en cierta forma la misma taxonomía de la visión imperial y oligárquica, que tiende a clasificar de “izquierda moderna” a los regímenes de Chile, Brasil y Uruguay y de izquierda “populista” a los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, dejando en un limbo “intermedio” a Argentina.

En mi opinión, un proyecto “neodesarrollista” como el de Argentina no es en si mismo, procapitalista ni anticapitalista. Sin embargo, sí es antineoliberal, desde el momento que implica una ruptura con las políticas del Consenso de Washington. Es verdad que el proyecto alternativo argentino beneficia y ha sido respaldado por sectores de la burguesía industrial y de la vieja y de la nueva oligarquía agroexportadora. Lo mismo sucede en Brasil. Pero de allí no se desprende que la estrategia escogida sea incorrecta. En todo caso lo que importa es la “dirección” del proceso de cambio y la capacidad que tengan los grupos populares de ver representados sus intereses en un “nuevo bloque en el poder”. Si la dirección del proceso se pierde, sí existe el peligro de una “restauración oligárquica”, por ejemplo, en Brasil si la derecha triunfa en las siguientes elecciones presidenciales. Pero ese peligro existe inclusive en Venezuela y en los demás regímenes de izquierda, porque aún no han sido erosionadas las bases económicas del poder oligárquico ni construida una nueva hegemonía y un nuevo bloque de poder.

Un símil parecido a la situación actual, aunque en un contexto histórico diferente, fue lo escenificado durante las décadas de los treinta y cuarenta. En ese entonces, los proyectos nacionales de desarrollo que impulsaron la industrialización sustitutiva de importaciones, fueron encabezados por regímenes políticos antioligárquicos que respondían a los intereses de una emergente burguesía industrial, pero que representaban también amplios sectores populares de trabajadores y/o de campesinos. Ese fue el caso de los gobiernos de Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Perón en Argentina o Haya de la Torre en Perú. El verdadero significado del término “populismo” tiene que ver con las alianzas políticas de esa época.

El modelo de sustitución de importaciones no había agotado sus posibilidades, ni entró en crisis en los setentas solamente por razones económicas. Como he planteado en otro trabajo (Guillén, 2007 b), los obstáculos fueron fundamentalmente políticos.

“Durante la década de los sesenta y setenta – planteaba- se había conformado una oligarquía muy distinta a la del modelo primario-exportador, estructuralmente vinculada a las empresas transnacionales y al capitalismo financiero internacional por la vía de la deuda externa. A esas alturas, el proyecto nacional de desarrollo que había sido impulsado por los regímenes progresistas de los años cuarenta y cincuenta, había sido prácticamente abandonado por las nuevas elites. Tampoco el escenario político latinoamericano abonaba el terreno para experimentos nacionalistas y populares. El ascenso y consolidación de la revolución cubana, había recrudescido el la política de “guerra fría” y subordinado a las elites políticas latinoamericanas a los intereses estadounidenses”.

Hoy como ayer, los obstáculos son principalmente políticos y reencontrar el camino del verdadero desarrollo dependerá de la capacidad que tengan los grupos populares y sus vanguardias para profundizar la democracia y sus contenidos. Como decían Marx y Engels en el *Manifiesto* (1976: 128) “el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”.

3. Integración latinoamericana

Quizás ningún asunto manifiesta mejor la profunda división de los países de América Latina, entre los seguidores del Consenso de Washington y los regímenes de izquierda, que el de la integración económica. Las aguas se dividieron a partir de la cumbre del ALCA de Mar del Plata en noviembre de 2005, la cual determinó la muerte del plan de integración continental impulsado por Estados Unidos y las fuerzas de la globalización neoliberal, cuando la potencia hegemónica se negó a discutir el tema de los subsidios agrícolas y propuso llevar el asunto a la Ronda Doha de la Organización Mundial de Comercio (OMC), la cual se encuentra también es estado de coma profundo desde Seattle.

A partir de Mar del Plata el proceso de integración ha caminado por senderos distintos. La mayoría de los países de Centroamérica y algunos del Caribe, así como los sudamericanos más cercanos del Consenso (Colombia y Perú), se han mostrado más que dispuestos en aceptar la estrategia de integración estadounidense, consistente en la firma de acuerdos bilaterales de libre comercio bajo “el modelo TLCAN perfeccionado”, con el argumento, negado por la experiencia mexicana, de acceder al mercado estadounidense

para dizque acelerar el crecimiento económico y el empleo. El TLC con Colombia fue detenido temporalmente por el Congreso de Estados Unidos por razones principalmente de índole electoral, pero es indudable que su aprobación se considera fundamental dentro de los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región. Al presentar el TLC con Colombia a los congresistas, el ex-presidente Bush no tuvo empacho en declarar que su aprobación era necesaria para “respaldar un país acechado por el régimen hostil de Hugo Chávez en Venezuela.

“Aprobar este acuerdo –dijo- es urgente por razones de seguridad nacional. Colombia es uno de nuestros más firmes aliados en la región y el presidente Álvaro Uribe enfrenta el asalto de la red terrorista de las FARC (las cuales) se han reunido con el régimen de Venezuela que ha desplegado tropas para tratar de intimidar al gobierno y al pueblo colombiano (El Universal, 2008)”

Por su parte, Canadá y México han accedido en subordinar sus políticas internas a la política antiterrorista estadounidense⁶, mediante el Acuerdo para la Seguridad y al Prosperidad de América Latina (ASPAN), en vez de discutirse las asimetrías en el seno del TLCAN y la necesidad de de crear mecanismos compensatorios de cooperación para reducirlas.

En el extremo opuesto, los países del MERCOSUR junto con Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador han privilegiando el impulso de programas de integración sur-sur, sin

⁶ En México se implantó el popularmente llamado “Plan México”, programa similar al “Plan Colombia”, encaminado a combatir el narcotráfico y el terrorismo. El 22 de octubre de 2007, los gobiernos de Estados Unidos y México anunciaron la firma de dicho Plan, que involucra también a los países centroamericanos. La Iniciativa se encuentra en manos del Congreso estadounidense para su aprobación. Aunque el gobierno mexicano ha negado las similitudes entre ambos planes y para evitar comparaciones se le bautizó como Iniciativa Mérida, es un hecho que su aplicación subordinaría a México a la política de lucha antiterrorista estadounidense. La Iniciativa Mérida involucra la concesión por parte de Estados de recursos 1,400 md, de los cuales alrededor de 500 md se desembolsarían en 2008; incluye equipamiento en espionaje telefónico, radares para interceptar cargamentos de droga, helicópteros y entrenamiento espacial para agentes mexicanos. Aunque se asegura que no implicara la presencia de militares estadounidenses en territorio mexicano, se da por descontado la participación en México de empresas privadas de seguridad y de asesores militares. Por ejemplo, miembros del grupo parlamentario del PRI informaron que Sycoleman Corporation, filial de Halliburton, con sede en Arlington, Texas, está contratando mercenarios para operar un centro de espionaje aéreo en Veracruz (El Financiero, 2007). El nuevo presidente Obama ratificó el Plan Mérida.

menospreciar los esfuerzos multilaterales en el seno de la OMC desplegados por Brasil, con el concurso de la India, China y otros países.

No es el objeto de este texto profundizar en estos temas, sino sólo remarcar, por un lado, el papel que juega la política comercial estadounidense en su estrategia imperialista global, mediante la cual trata de reforzar, mediante la firma de acuerdos bilaterales, la integración y la subordinación de los países más sumisos a sus dictados, aislándolos del resto de América Latina. Por el otro lado, la profundización de los mecanismos de integración sur-sur en el “bloque anti-Alca”, juega un papel central en la construcción de una estrategia de desarrollo alternativa. Dentro de los esfuerzos integradores más recientes en Sudamérica, destacan los siguientes:

- La ampliación y fortalecimiento del MERCOSUR como bloque comercial, mediante la incorporación de Venezuela, y la futura de Bolivia y Ecuador.
- La creación de la Alternativa Bolivariana de las Américas (ALBA) en 2004 integrada inicialmente por Cuba y Venezuela, y a la cual, se incorporaron Bolivia, Nicaragua, Honduras y Nicaragua, y mediante la cual se establecen nuevas formas de cooperación solidaria entre pueblos y Estados, para resolver acuciantes problemas sociales en el terreno de la salud, la educación, la eliminación del analfabetismo, etc.
- Los planes de integración energética de Sudamérica impulsados por Venezuela con el apoyo de Argentina, Bolivia y Ecuador, y en menor medida, por Brasil.
- La creación del Banco del Sur

Por la importancia que tiene el control de los recursos energéticos en la definición de la hegemonía de la economía mundial en el siglo XXI, los programas de cooperación energética que empuja Venezuela son centrales, como es el caso, entre otros proyectos, del gasoducto del Sur, el establecimiento de programas de cooperación para la refinación de crudo en Ecuador, la explotación de los recursos gasíferos de Bolivia, que cuenta con la segunda reserva de gas más importante del continente, etc. La integración energética puede operar como una catapulta de la integración económica, a la manera de la Comunidad del

Acero y del Carbón lo hizo en el caso de la integración europea. Además empujaría al MERCOSUR a trascender el marco estrecho del libre comercio y a ensayar formas más profundas de cooperación. Resulta evidente que Estados Unidos tratará a toda costa a frustrar los planes de integración Sur-Sur.

Quizás el proyecto de integración más relevante sea la creación del Banco del Sur (BS), integrado por Venezuela, Argentina, Bolivia, Ecuador, Brasil, Uruguay y Paraguay. El acta fundacional del BS se firmó el 10 de diciembre de 2007. Entrará en operación con un capital inicial de 7,000 millones de dólares. La existencia de altas reservas internacionales de los países miembros – las cuales ascendían a 140,000 md en junio de 2007-, debido al auge regional en las exportaciones de productos primarios, es una oportunidad inmejorable para su lanzamiento. A ello se añade la creciente irrelevancia del FMI, con quien varios de los fundadores del BS ya han liquidado sus deudas.

Habría que considerar la acción del BS en varias etapas, de las menos complejas a las más complejas. Podría iniciar como banco de desarrollo para el financiamiento de obras de infraestructura y proyectos integradores de gran envergadura como el gasoducto del sur. Una segunda función, en una segunda etapa, sería la creación de un “fondo monetario regional” a la manera en que lo intentan también los países de Asia. El BS actuaría para financiar desequilibrios importantes en las balanzas de pagos de los países miembros, y como “prestamista de última instancia” en situaciones de crisis, sin los condicionamientos de política económica y “cambio estructural” tradicionales del FMI.

Más a largo plazo, podría ser, junto con el MERCOSUR, el impulsor de una moneda común para operaciones de comercio exterior y financieras en el seno de la región, en un primer momento, y por qué no, una moneda interna única a la manera del euro, en un segundo momento. La creación de una moneda común permitiría la racionalización en el uso de las divisas, mercancía generalmente escasa en los países subdesarrollados dado la “restricción externa”. Las divisas se utilizarían exclusivamente para saldar las operaciones con el Norte, las cuales perderían peso si la integración regional avanza a profundidad.

Infortunadamente, las contradicciones entre los miembros del BS sobre las funciones que debe asumir, han paralizado hasta el momento (8 marzo de 2009) su entrada en vigor. Ello explicaría las tentativas recientes de los miembros del ALBA de crear una moneda común, objetivo que estaba planteado para el BS

4. El Imperio contraataca

La hegemonía estadounidense se encuentra en crisis. Sus principales problemas en la era actual, son la pérdida de consenso entre las otras potencias y la sobreextensión de los conflictos. Irak y Afganistán se han convertido en “guerras perpetuas” de alto costos humanos y económicos, y sin solución pronta. Al empantanamiento militar se viene a agregar ahora la crisis global, la cual debilita la hegemonía financiera estadounidense y el papel del dólar como divisa clave de la economía mundial.

Es difícil discernir el desenlace del proceso de transición hegemónica que experimenta el mundo. Sin embargo, el escenario más probable pareciera el de la continuación de la dominación estadounidense -dominación sin hegemonía como le llama Arrighi (2007)- en un marco de descomposición y erosión de las bases de su liderazgo, de diferencias crecientes con sus socios de la Tríada, y de conflictos en ascenso con los países de la periferia, que no encontraron en la globalización neoliberal una respuesta a sus aspiraciones de desarrollo.

Debido al atascamiento de Estados Unidos en Irak y Afganistán, América Latina contó con condiciones relativamente favorables para llevar adelante la “rebelión en la granja”, en el espacio de lo que la superpotencia siempre ha identificado como su “patio trasero”. Uno tras otros los países latinoamericanos se han ido inclinando, por la vía democrática, por gobiernos de izquierda. Los dos últimos triunfos: el de Adolfo Lugo en Paraguay y el de Mauricio Funes, candidato del FMLN en El Salvador. La izquierda ha resultado triunfadora en doce de trece elecciones presidenciales recientes. Inclusive en México, fue necesario que el gobierno de derecha de Fox, en alianza con la oligarquía nativa, los medios masivos de comunicación y con la complicidad velada de los intereses norteamericanos, implementara un “golpe de estado preventivo” para impedir el ascenso al gobierno del candidato de izquierda, López Obrador.

Es previsible una contraofensiva del imperialismo estadounidense y de la derecha contra los regímenes de izquierda en América Latina. Coincido con Borón (Arellano, 2007), en que la declinación hegemónica de Estados Unidos, obligará este país a uncirse cada vez más a lo que es su “zona de influencia” histórica. Los pies de su aparato

militar y de espionaje ya se encuentran firmemente anclados en América Latina. El llamado Comando del Sur de los Estados Unidos opera siete bases militares en la región: Guantánamo, Cuba, ominoso centro de tortura; la base de Soto Cano en Honduras, desde donde se desarrollaron las acciones en apoyo de la contra sandinista; dos estaciones de seguridad en las colonias holandesas de Aruba y Curazao; la base de Comalapa en El Salvador; la base de Manta en Ecuador, y la más reciente, la base del Chaco en Paraguay, cerca de la frontera con Bolivia (Johnson, 2006). El Comando del Norte del ejército estadounidense considera a México y Canadá dentro del perímetro de seguridad de Estados Unidos, en función de lo acordado en el Acuerdo para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPAN).

El ataque del ejército colombiano al grupo guerrillero de las FARC en territorio ecuatoriano, con apoyo logístico estadounidense, representa la primera aplicación de la estrategia neoconservadora de la “guerra preventiva” en territorio latinoamericano. Es el primer aviso de que Estados Unidos y sus aliados en la región intervendrán cuando sientan amenazados sus intereses. Aunque como bien recuerda Bellamy Foster (2007), Estados Unidos no necesita de doctrina de la “guerra preventiva” para intervenir en América Latina, ya que esa doctrina está presente respecto a A.L. desde el lanzamiento de la “Doctrina Monroe”. Cada vez que han considerado que sus intereses han sido afectados en algún país, ha recurrido a la intervención directa o velada, como lo prueba la sucesión de golpes y asonadas registrados por la Historia. Por citar dos de los más recientes: la intervención en Panamá en 1989 para derribar al régimen de Noriega y la invasión de la isla caribeña de Granada en 1983.

A pesar de que los pies del imperialismo siguen atrapados en Irak y Afganistán, Estados Unidos dará mayor prioridad a nuestra región, en los próximos años. Este mayor interés por América Latina en la agenda estadounidense no arranca con Obama, sino que es una tendencia que se perfila en los últimos dos años de la administración de Bush II. El 20 de septiembre de 2007, el halcón John D. Negroponte, ex-director supremo de los cuerpos de seguridad estadounidenses, señaló que 2007 es el año de “la gran interacción” con América Latina, e instó a aprobar los acuerdos de libre comercio con Colombia, Panamá y Perú pendientes de aprobación en el Congreso de su país. Consideró que casi todos esos son “líderes democráticos comprometidos con las prácticas de libertad política y económica que

están produciendo un desarrollo real y crecimiento (sic)". Concluyó que "fracasar en la aprobación de esos acuerdos (...) sería un triunfo para el presidente Hugo Chávez y una derrota para las fuerzas de la democracia en el hemisferio" (La Jornada, 2007 a).

El carácter estratégico de América Latina para Estados Unidos está claramente inscrito en la estrategia global estadounidense. El abasto energético hemisférico es fundamental. El 30% de sus importaciones petrolíferas proviene de América Latina, contra 20% que llegan del Medio Oriente. De acuerdo con un documento de la Presidencia de ese país (2006, 37):

"Nuestro objetivo sigue siendo un hemisferio totalmente democrático, vinculado por la buena voluntad, la cooperación en la seguridad, y la oportunidad para prosperar de todos nuestros ciudadanos. *Los tiranos y aquéllos que los siguen, pertenecen a una era pasada y no debe permitírseles revertir el progreso de las últimas dos décadas.* Los países del hemisferio deben ser ayudados en la vía del desarrollo económico y político sostenido. *El engañoso llamamiento del populismo antimerca no debe ser permitido,* porque erosionaría las libertades políticas y atraparía a los más pobres del hemisferio en ciclos de pobreza. Si los más cercanos vecinos no son seguros y estables, los estadounidenses estarían menos seguros".⁷

El mensaje es claro. Hay que deshacerse de quienes se alejan del Consenso de Washington. En el mismo sentido, el Jefe del Comando del Sur, Jim Stavridis (La Jornada, 2007b), dejó en claro que los regímenes populistas latinoamericanos antiestadounidenses están provocando que la cooperación regional de Estados Unidos vaya a la deriva.

"A largo plazo, si Estados Unidos se relaciona de manera proactiva, creemos que el fracaso de los modelos económicos y políticos radicales en cumplir con sus promesas (de progreso) detendrá esa deriva y promoverá un realineamiento favorable a Estados Unidos"

Es improbable que, por ahora, el imperialismo norteamericano recurra a una intervención militar directa en la región. La crisis global, las guerras de Irak y Afganistán, los problemas irresolubles en el Medio Oriente ocupan el centro de su atención. La estrategia estadounidense es más la de provocar la división entre los países de América Latina, con el objeto de debilitar aquellos gobiernos que más han avanzado en su

⁷ Cursivas mías

transformación económica y política. El uso del término de “populismo” para calificar a los gobiernos o movimientos que deciden salirse de los moldes del Consenso y del Postconsenso de Washington, pretende la separación entre una “izquierda buena” en Chile, Brasil o Uruguay y una “izquierda mala” encabezada por Chávez, Evo o Correa. Esa visión maniquea es reproducida, por desgracia, desde algunas posiciones ultraizquierdistas, las que sin entender las dificultades y contradicciones de los procesos reales de cambio, dividen a los gobernantes en “revolucionarios” y “traidores”. Para los Estados Unidos resulta vital separar y dividir a los regímenes calificados de “populistas”, con Chávez y Evo a la cabeza, de los que califican como “izquierda moderna”.

Esa visión de América Latina se mantiene, en lo esencial, en la nueva administración de Obama. Si bien ha mostrado mayor interés por acercarse a América Latina y ha efectuado algunos cambios por ejemplo en su relación con Cuba al eliminar algunas restricciones pero sin levantar el bloqueo económico, mantiene su estrategia divisionista. Por ejemplo, el nuevo Subsecretario de Estado de Estados Unidos, James Steinberg, señaló que “nuestros amigos y socios en América Latina están buscando que los Estados Unidos les provea un liderazgo fuerte y sostenido en la región, como contrapeso a gobiernos como los que están actualmente en el poder en Venezuela y Bolivia que persiguen políticas que no sirven a los intereses de sus pueblos o de la región (Howard 2009)”

La estrategia estadounidense y de las derechas nativas se desenvuelve en varios frentes. En el caso de Bolivia alentando su balcanización. En Ecuador, en aprovechar la caída de las FARC, para enfrentar a su gobierno con Colombia. En Argentina, alentando a la oligarquía agroexportadora a confrontarse con el gobierno de Cristina Fernández, para debilitar la economía y su base de apoyo popular, así como para aislarla de los gobiernos de la región más radicales. En cuanto a Venezuela la estrategia consiste en aislar a Chávez de su pueblo y del resto de los gobiernos de la región. Los ejes de esa estrategia son: evitar avances en la consolidación de un nuevo “bloque en el poder”; impedir su apoyo a otros movimientos latinoamericanos; y vigilar su relación con Irán u otros enemigos de los Estados Unidos.

El proceso de transformación de América latina que se inicia con el despunte del siglo XXI muestra que cada país tiene su propio camino posneoliberal. Su historia, el grado

de desarrollo de sus sistemas productivos, sus formas de inserción específicas en la economía mundial sus formas de organización política, entre otros factores, determinan caminos y estrategias diferentes. Es responsabilidad de cada pueblo y de sus vanguardias, en todo caso, enmendar errores, cuando sus líderes eligen el camino equivocado o traicionan sus programas. Pero lo que las izquierdas latinoamericanas no pueden hacer es caer en el juego de los imperialismos y promover la división. Por el contrario, en un sentido estratégico, una de sus tareas principales es avanzar firmemente en el proceso de unidad e integración latinoamericana, lo que implica: la ampliación y fortalecimiento del ALBA y del MERCOSUR; la aceleración de la integración energética; la actuación conjunta, con posiciones unitarias, en organismos multilaterales como la OMC; y la creación del Banco del Sur.

BIBLIOGRAFIA

Arellano Ortiz, F. (2007). *Atilio Borón plantea alternativa al neoliberalismo*. ALAI, <http://alainet.org/active/19666>

Alí, T. (2006). *Pirates of the Caribbean*. Londres, Verso

Arrighi, G. (2007). *Adam Smith in Beijing*. Londres-Nueva York, Verso.

Bellamy Foster, J. (2007). “The Latin American Revolt”, en *Monthly Review*, vol.59, núm. 3, www.monthlyreview.org/0707foster.htm

Bresser Pereira, LC. (2007). “El nuevo desarrollismo y la ortodoxia convencional.” *Economía UNAM*, México. Vol. 4, núm. 10.

Castro, F. (2007). *Reflexión sobre duras y evidentes realidades*. <http://alainet.org/active/18937>

El Universal (2008). “Bush envía al Congreso TLC con Colombia”. México. 13 de marzo

Chomsky N. (2007). “Imminent Crises: Threats and Opportunities”, en *Monthly Review*, vol.59, núm. 2, www.monthlyreview.org/0607nc.htm

El Financiero (2007). *Asegura cancillería que no existe Plan México* 6 de agosto.

Ferrer, A. (2008). *La economía argentina: situación actual y perspectivas*. Ponencia presentada en el Cuarto Coloquio Internacional de la “Red Eurolatinoamericana de estudios sobre el desarrollo Celso Furtado”. México, 27-29 de mayo.

French-Davis, R. (2005). *Reformas para América Latina después del fundamentalismo neoliberal*. Buenos Aires, Siglo XXI editores-CEPAL

García Linera, A. “Empate catastrófico y punto de bifurcación”-. ALAI, <http://alainet.org>

Guillén A. ----- (2008) “Modelos de desarrollo y estrategias alternativas en América Latina” en E.Correa, J. Deniz y A. Palazuelos coordinadores. *América latina y desarrollo económico*. Editorial Akal, Madrid

----- (2007a). *Mito y realidad de la globalización neoliberal*, México, Miguel Ángel Porrúa editores- UAMI.

----- (2007b) “Para superar el estancamiento económico en México: “nudos críticos” de un proyecto nacional de desarrollo” *Revista Economía Política*. Vol. 27, n. 4. Sao Paulo, octubre-diciembre de 2007.

Harnecker, M. (2007). “Golpes y contragolpes”, en América Latina en movimiento, <http://alainet.org>

Howard A. “Hillary Clinton and James Steinberg ‘Talk Tough’ on Latin American”. <http://www.coha.org/2009/02/hillary-clinton-and-james-steinberg-talk-tough-on-latin-america/>

Johnson, Ch. (2006). *Nemesis*. EE.UU., Metropolitan House.

La Jornada (2007a). “Libre mercado y democracia para que AL sea exitosa: John Negroponte”. México, 20 de septiembre.

----- (2007b) “Pobreza, origen del problema de inseguridad en América Latina”, México, 3 de noviembre

Lebowitz M. (2007) “Venezuela: A Good Example of the Bad Left of Latin America” en *Monthly Review*, vol. 59. Núm. 3, www.monthlyreview.org/0707lebowitz.htm

Marx, C. y Federico Engels (1976). “Manifiesto del Partido Comunista”. *Obras Escogidas*. Tomo I. Moscú, Editorial Progreso.

Mészáros, I (1995). *Beyond Capital*. New York, Monthly Review Press.

President of the United States (2006). *The National Security Strategy of the United States of America*. Washington, marzo. <http://www.whitehouse.gov/espanol/index.es.html>

Poulantzas, N. (1968). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México, 23a. edición en español, Siglo XXI editores.

Weisbrot y Sandoval (2007a). *La economía venezolana en tiempos de Chávez*, en Washington, Center for Economic and Policy Research, www.cepr.net

----- (2007b). *La recuperación económica argentina. Políticas y resultados.* , Center for Economic and Policy Research, www.cepr.net